

Después de dar una vuelta por las calles de Algeciras, me embarqué á las



ANDALUCÍA. EL BOLEERO.

cinco de la tarde en otro vapor, y cruzando el estrecho de Gibraltar, llegué á las siete á Ceuta. (23 kilóm.)



GIBRALTAR.

CAPÍTULO XXIII.

ÁFRICA.

Ceuta ; Los confinados. — Camino para Tetuán. — Soldado del Sultán. — Los Beduinos. — Un Kan. — Cementerios moriscos. — Tetuán. — El Gobernador. — Ejercicio militar. — Costumbres moriscas. — Camino por la playa. — Pescadores moros.

Estoy en África y en una población curiosa por el conjunto de su pueblo que es español, moro y hebreo.

La población de Ceuta está como recostada en las pendientes orientales del Monte Hacho, y el nombre de Ceuta ó Septa le viene de estar situada en una Península que contiene siete colinas. En Hacho, la más elevada, los Españoles tienen un cuartel y en el punto más culminante mantienen continuamente dos vigías, que avisan de lo que pasa en el mar ó en el continente.

Los montes Hacho y Gibraltar, llamados antes Abila y Calpe, formaban las antiguas columnas de Hércules. Ceuta fundada, según se cree, por los Cartagineses, perteneció luego á los Romanos y vino á ser la Capital de la Mauritania Tingitana, bajo Claudio. Los Vándalos y los Visigodos la poseyeron luego. Era gobernador de esta población el traidor Conde Don Julián cuando facilitó la entrada de los Moros en España. Los Portugueses la quitaron del poder de los Moros en 1515, y los Españoles la ocuparon en la revolución de 1640.

Destinada para presidio, la Península manda allí sus condenados á 20, 30 ó 40 años de trabajos forzados, á que pueblen los talleres de la Penitenciaría que ordinariamente contiene de 2,000 á 2,500 hombres.

La guarnición es como de 2,500 soldados y la plaza tiene unos 180 cañones.

Luego que salté á tierra y tomé alojamiento en un hotel, me fuí á vagar por las calles. Pasaba frente á una tabaquería y me sorprendió ver junto al mostrador una mujer, mora sin duda, de una hermosura arrebatadora y distinta á las que estoy acostumbrado á ver. No sé como era su vestido, lo que fijó mi atención fué el color *apiñonado* de su cara, los mórbidos contornos de su cuello, el gracioso corte de su cabeza, las negras rizadas cejas que sombreaban sus brillantes ojos, húmedos y grandes como los de la gacela. Sobre todo lo que más embellecía á aquella mujer era un adorno, *mascada* ó banda de seda de cuadros rojos y amarillos, que se envolvía en su frente y cabeza á manera de turbante, y realzaba su belleza de una manera maravillosa.

En algunas partes he visto cromos representando á bellísimas moriscas con semblantes y adornos parecidos, pero sólo había tropezado con pinturas, y ahora veía el original; y entre el modelo y la pintura hay tanta distancia.....

Entré en la tabaquería con el pretexto de pedir las señas de mi hotel, y me contestó un señor que aparecía como el dueño del establecimiento. Ella permaneció callada, y no supe el idioma que hablaba; pero al salir de aquella casa, ya me explicaba porque los guerreros árabes han hecho tantas heroicidades, si saben que al morir van á un paraíso poblado de esta clase de mujeres que, con una mirada, con una sonrisa, son capaces de hacer una revolución.

Esta noche asistí á una serenata, dada en una de las plazas por una música militar que tocaba muy bien, y que tenía no sé qué atractivo entonando aires españoles en suelo africano.

La concurrencia era variadísima y sobresalían entre ella los oficiales y sus familias.

Las familias de los confinados forman una gran parte de esta extraña población.

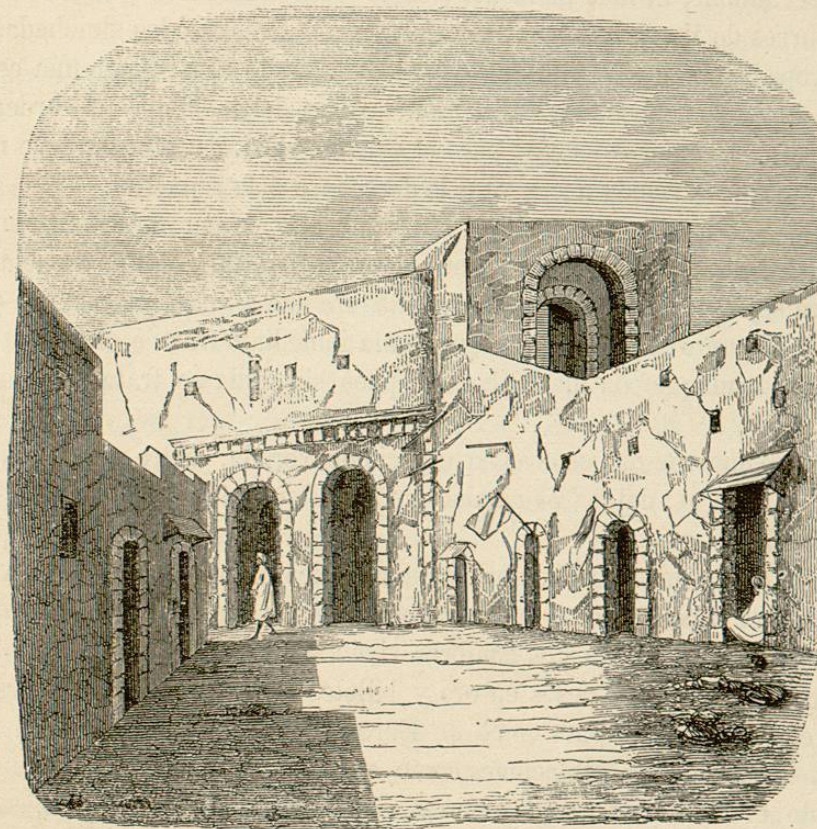
Pedí informes sobre la manera de verificar una visita á Tetuán, y un oficial ó empleado del Ayuntamiento de Ceuta me ofreció una carta de la autoridad, para que presentándola á la guardia de la línea mora, se me proporcionara un caballo y un soldado del Sultán de Marruecos, que me llevase á Tetuán, pagando el precio correspondiente.

25 de Julio.

A la seis de la mañana salí de Ceuta acompañado de un hombre que me entregó la carta ofrecida la víspera, y después de atravesar una triple fortale-

za que defiende la población por el lado del istmo que le une al continente, pasé frente á un pequeño edificio que llaman *La Casa de Sangre*, que se encuentra ya en el campo y á la vista de la población.

Este edificio fué causa de la última guerra de África, en que O' Donnell y Prim recojieron brillantes laureles, y en que tanto España como Marruecos derramaron mucha sangre.



UNA CALLE EN MARRUECOS.

Después de caminar un poco más, y todavía á la vista de Ceuta, encontramos una casa baja, con aspecto más bien de prisión ó calabozo que de cuartel, con gruesas paredes de piedra y un interior sombrío y desmantelado. Sobre unas esteras estaban sentados como mujeres cinco ó seis soldados moros, vestidos con su turbante, una ancha capa blanca, llamada *chilava*, unos holgados calzones cayendo á pliegues un poco más abajo de la rodilla y unas babuchas que de ordinario dejan á un lado, cuando se sientan dentro de una pieza

Luego que recibieron la carta que yo llevaba, uno de ellos me alistó un

caballo y se puso á mis órdenes, hablándome en castellano y diciendo el precio de sus servicios.

Despidióse el conductor que me trajo de Ceuta y luego nos pusimos en marcha para Tetuán, yo á caballo y el soldado á pie, armado de un sable muy curvo, *gumía*, y de un fusil muy largo, *espingarda*.

Mi caballo era árabe y tenía por montura una especie de albarda, en la que tuve que sentarme, con las piernas y los pies cayendo á uno y otro lado del cuello del animal, ni más ni menos, como esos buhoneros que en México van en burros de tierra en tierra, sirviéndoles de montura las almohadas, sábanas y ropa blanca de la familia. El freno del caballo consistía en una especie de filete, teniendo por riendas dos cordoncitos tan delgados que un cordero los hubiera roto al menor esfuerzo; pero el caballo obedecía al más leve movimiento que con la rienda hacía yo á la derecha ó á la izquierda.

En cambio de lo muy bueno de su boca y bonito de su figura, no andaba sino al paso como los asnos, y no estando yo provisto de látigo ni de espuelas, me era fuerza sujetarme á aquella maldita andadura que á veces interrumpía el caballo hasta el punto de que mi guía que venía inmediato tras de él, le fustigaba con una caña, aunque con mucho cariño, pues sin duda se trataba de su propiedad.

El camino que seguíamos era una especie de vereda, entre una vegetación lujuriosa y tropical; dejaba el camino de Castillejos á la derecha y la costa á la izquierda.

Habríamos caminado 10 kilómetros cuando encontramos ocho ó diez Árabes errantes en el campo, que no me atacaron por venir á mi lado un soldado del Sultán; según supe luego, estos hombres viven sólo de la caza y del pillaje.

Traigo como unos mil pesos en oro y billetes franceses, y vine desprovisto de toda clase de armas, pues como en Europa reina mucha seguridad tanto en la generalidad de las poblaciones como en los trenes de ferrocarril, había ya perdido el hábito de andar armado, y al internarme en África, en todo pensé, menos en proveerme de un arma.

Así es que me encontré de momento en apartados, imponentes bosques, cruzados por tribus de Beduinos, y á merced de un desconocido que me servía de conductor.

Es cierto que la guardia marroquí al recibir, frente á Ceuta, una carta de la autoridad española, para proporcionar guías á un viajero, está en la obligación de devolver el viajero á la autoridad de quien le recibió, y que un soldado del Sultán que sirve de guía es respetado por los Árabes que andan errantes en los bosques; pero en este país semi civilizado hay multitud de tribus nómadas, por no decir la mitad de los habitantes, que guarecidas por las altas montañas viven independientes y sin obedecer orden alguna del Sultán, y ¿quién asegura que los Beduinos que le salen al paso al viajero sean de los que obedecen al gobierno?

Tanto mi guía como yo hicimos una inclinación de cabeza en signo de saludo á aquellos cazadores y seguimos nuestro camino sin ser molestados.

Á poco caminar, la vereda que llevábamos cruzaba por entre un matorral, y mi caballo se detuvo como asustado.

Busqué con la vista lo que había motivado tal detención: era una serpiente que á medio enroscar y levantando su vibrante cabeza estaba en medio de la vereda, á poca distancia delante de nosotros.

El soldado, inmediatamente se colocó al costado derecho del caballo y tendiendo su *espingarda*, disparó, llevándose la bala la cabeza del venenoso animal.

Maravillado quedé de la buena puntería de mi guía y la prontitud de su disparo.

El sol se había elevado bastante y el calor que yo sentía era atroz. Recordé que en los bolsillos de mi levita traía unos guantes de cabritilla, y me los puse para defender mis manos del sol.

Curioso cuadro representaba yo en aquellos momentos, y si alguno de mis amigos ó conocidos me hubiese visto, de seguro que no contiene la risa.

Montando un caballo con albarda, sentado como mujer, y con los pies á uno y otro lado del pescuezo del animal, sin fuste, sin espuelas, vestido con un sombrero de ala corta, una levita europea, pantalón de casimir, botines, y guantes de cabritilla, y para hacer más pintoresco el cuadro, un soldado árabe arreando mi caballo, á mí mismo me causaba risa.

Desesperado del lento caminar de mi cabalgadura, y viendo que mi guía castigaba el caballo lo necesario para que anduviera, pero no para que siquiera trotase, en un descuido de aquél, corté una pequeña rama de un arbusto que estaba al paso, y principié á fustigar al animal en el pescuezo para que el soldado no lo notara.

Poca ó ninguna ventaja saqué del maldecido caballo que no salía de su paso de costumbre, mientras que el sol cada vez se tornaba más abrasador.

Rompióse por fin la rama y me quedó en la mano un pequeño trozo de ella. En un momento de distracción de mi guía, le apliqué la punta de aquel palo al cuello del caballo, inmediatamente debajo de la crin y le froté con alguna fuerza para hacerle cosquillas. El animal irguió en seguida la cabeza y principió á acelerar el paso. Volví á frotarle en el mismo lugar con más fuerza y comenzó á trotar.

Como aquella andadura se sostenía y el guía tenía que avivar su paso para darme alcance, veía éste al caballo con sorpresa, pues no era esa la marcha ordinaria de la bestia.

Cuando el soldado se quedaba atrás ó miraba para alguno de los bosques que avecindaban al camino, yo me aprovechaba para repetir el castigo al caballo, á fin de que no cesara de caminar al trote.

El guía por fin no pudo menos de acercarse al costado del caballo, y pre-

guntarme que era lo que le hacía al animal, pues no era su manera ordinaria de caminar.

Yo, ocultando mi palito en la mano, contesté que nada le hacía, y él no podía explicarse como castigaba yo á su caballo; pues no veía en mí ni espuelas, ni azote.

Seguí sacando partido de aquel pedazo de palo, pero con más moderación, para no disgustar á mi conductor.

Le pregunté que cuantas leguas acostumbraban caminar en esta región los hombres de á caballo, y me respondió que diez leguas era la jornada de costumbre. Cuando le dije que en México, en cuyas fronteras el clima era tan cálido como el que actualmente teníamos en esta costa de África, se caminaban en un día 25 y 30 leguas por los hombres de á caballo, me oyó con una sonrisa de incredulidad. Le parecía imposible que un caballo hiciera una jornada de treinta leguas (120 kilóm.) sin ahogarse del calor ó morir de cansancio.

Como á la una de la tarde, el camino que llevábamos se hizo más ancho y en una curva que formaba, vi venir á caballo dos mujeres, sentadas como yo; la una tenía la cara cubierta con una especie de antifaz blanco en el que sólo había dos pequeños agujeros para los ojos; la otra, creyéndose sin testigos, traía levantado el antifaz, pero al vernos se cubrió con él.

Más adelante encontramos unos granados con fruto y luego una pequeña choza ó kan á donde mi conductor me invitó á reposar un poco.

Ya lo necesitaba, pues el sol era insoportable.

El dueño del kan era un árabe de color bronceado muy subido, y nos recibió con suma amabilidad: nada hablaba de español. El idioma que mi guía y él hablaban, sin duda marroquí, era dulcísimo y puedo decir que más bien que conversación, me pareció un canto.

Jamás he oído enunciar palabras tan musicales y melodiosas.

Aunque la choza consistía sólo en un tejado de hojas de palmas y unas estacas, y revelaba ser un simple abrigo contra el sol, á poco rato de estar descansando allí, me ofrecieron un poco de café que acepté gustoso. Yo no sé con qué estaba endulzado, pero sí que le encontré preparado riquísimamente, con muy grato aroma, y además de fortalecer mi estómago me refrescó, provocando en mi cuerpo una fácil perspiración.

No me gusta el café: se me ha hecho aborrecible, desde que estando mareado me lo hicieron tomar á bordo de un vapor; no obstante, aquí me pareció delicioso, sea por lo fuerte del clima ó por la manera de estar preparado.

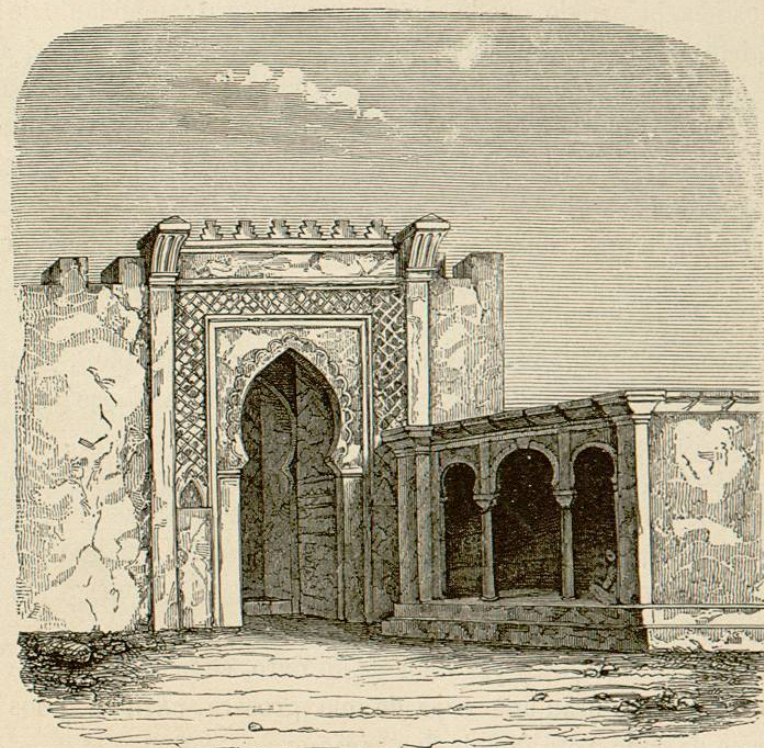
¡Cuán santa encontré la desinteresada hospitalidad que aquel árabe daba á un hombre á quien veía por primera vez y á quien quizá no volvería á ver jamás!

Después de un rato de descanso, seguimos nuestro camino y pronto principié á ver dibujarse en el horizonte el alegre y variado caserío de Tetuán.

Antes de entrar en la población, á la derecha de una suave colina, descubriase como un gran tendido de ropa blanca, ó como una bandada de blancas garzas.

No pudiendo, por la distancia, darme cuenta de lo que era aquello, lo pregunté á mi guía: me dijo que era el cementerio.

Efectivamente, cuando estuvimos más cerca, vi que muchos bultos vestidos de blanco rodeaban á sepulcros de piedra también blancos.



ENTRADA DE UNA CASA EN MARRUECOS.

Como á las cuatro de la tarde, llegué á Tetuán, (50 kilóm.) la ciudad más sucia, nauseabunda y repugnante que he conocido.

Las calles estrechas y llenas de inmundicia, son intransitables por falta de luz y ventilación: los Moros vestidos con babuchas de cordobán amarillo y sin medias, con una ancha capa blanca, amarillenta por la mugre, con un pantalón hasta la rodilla, la pierna desnuda, y con un turbante ó bonete, en su mayor parte parecen mendigos.

Mi guía me presentó á un Moro que según me dijo era el Gobernador de la población, y que con la diferencia de ser un poco moreno y más joven, era el retrato mismo del general mexicano Servando Canales, por su modo de ver, sus maneras y su aire bondadoso: este Moro me saludó afectuoso y me ofreció un